INFRACCIONES Y TRANSGRESIONES SEXUALES EN EL ROMANTICISMO HISPANICO

Iris M. Zavala
Rijksuniversiteit Utrecht

Una no nace mujer
se convierte en ella

Simone de Beauvoir

El título es ambiguo a propósito. Transgresiones e infracciones sexuales durante el Romanticismo no alude a problemas de periodización ni a los actantes o sujetos semióticos. Podría esperarse que las transgresiones fueran *contra natura* (como aún se dice), como si se pudiera pecar contra natura, en aclaración de Diderot. En todo caso, de ser el objeto de mis reflexiones aludiría a aquellos grupos de marginados--prostitutas, homo-sexuales (masculinos y femeninos), sádicos o sádicas, masoquistas, criminales; es decir, todo el mundo de la psicopatía y la jurisprudencia que se viene estudiando cada vez mejor (véanse los volúmenes dirigidos por Agustín Redondo para los Siglos de Oro). Tampoco mi título remite a zona geográfica precisa, y sabido es que, en la variedad social de la península ibérica, la historia regional es ciertamente importante. No; no es ese mi propósito. Me ocupan ahora las transgresiones sexuales contra el *poder* relacionadas por Foucault y el feminismo contemporáneo con la resistencia: poder y saber se articulan, desde esta perspectiva. Así que limito el amplísimo campo de análisis a las transgresiones femeninas (palabra contradictoria si las hay, pues lo que sea femenino ha sido también determinado por él o los discursos del poder) a partir de una operación de inversión lectora: la *representación* del sujeto en la literatura como discurso del poder. Es decir, el *contra natura* desde un punto de vista distinto, aquel de la lucha desigual de la mujer que se niega a someterse a las "virtudes femeninas".

Toda represión da origen a una transgresión, a subvertir el orden y la norma, a un discurso de coerciones, pasadizos oscuros y vergonzantes sobre los cuerpos. Concretamente represión significa y representa *poder*: cómo una clase, cómo una raza, una definición sexual ejercen el poder. Pero, nos enseña la historia, que donde hay poder hay resistencia, y culturas y lenguas y comportamientos impuestos, y saberes (en el sentido de Deleuze 1972, y Foucault 1970, 1978), que problematizan la idea de una única ética sexual. No me propongo, ni me sería posible, en las notas que siguen, recorrer en su totalidad la represión ni la transgresión disidente enterradas. Resulta imposible desvelar las zonas y palabras prohibidas, silenciadas que una verdad particular y única ha reprobado, sea esta reprobación por mala fe o por sustitución piadosa. Este *saber* oculto se ha silenciado por censura moral y por autocensura. El modo de existencia de estos signos secretos es aún desconocido, sabemos, sí, que a menudo están emparentados con el discurso oculto de desmitificación clerical--el desaforado apetito sexual de los curas, la sodomía de los frailes. Desde la Edad Media la escatología y el erotismo burlesco son una constante.

Propongo otra manera de percibir las transgresiones, a partir de una *inversión*, que nos permitirá replantearnos a otra luz las relaciones de poder que han silenciado el mundo de disidencias. Partiremos del modelo que propone Foucault para los discursos jurídico-represivos sobre la sexualidad: el ciclo de lo prohibido (no tocarás); la lógica de la censura, que adopta tres formas--afirmar que no está permitido, impedir que se diga, negar que exista. La unidad del dispositivo revela cómo el poder se ejerce en todos los niveles, individuales e institucionales. Como punto de partida, me detendré en un aspecto no menos importante: el sujeto representado y el sujeto representador y la unidad del dispositivo. Desde esta óptica, lo que Susan Griffin (1981) llama *poética de la opresión*, emerge como parte sustancial de los discursos mencionados, es decir, la lógica del cuerpo femenino en la cultura pornográfica. Siguiendo a Griffin, llamaré *cultura pornográfica* toda violación contra el cuerpo femenino, a partir de la noción que *el cuerpo es político*. Parto, pues, de una somática y una semántica del cuerpo y de un sujeto semiótico, una mirada masculina --en este caso-- que sigue y perpetua las pautas de la opresión, y fija el discurso del poder.

La vacilación de esta mirada está en lo 'otro' como objeto, nunca sujeto de la representación, si no objeto cuyos órganos privilegiados,

cuya semántica, están dibujados con un pincel finísimo mediante una operación precisa y a través de la aplicación de un criterio previo. En el fondo de este orden, tal vez, el *who-don-it* esté inscrito en la tradición del *amor cortés* (canción de fin'amors) en Europa, 'ideal' de relaciones amorosas discontinuo que ciertamente inauguró esta óptica *fetichista*: los ojos, el pelo, la boca, el pie, los senos, la pierna. Este reduccionismo del cuerpo continuo y graduado y cortado y discontinuo, el cuerpo y su semántica, nos llega desde entonces ligado al espacio o reconstituido por el empuje del tiempo. A partir del siglo XVI, el discurso revela un equilibrio entre producción/reproducción, y crece bajo el signo de la dualidad. La mujer es objeto de 'reverencia', su belleza es mercancía y se crean los códigos fundamentales--su lenguaje, sus esquemas conceptuales, sus técnicas, sus valores, y hasta la jerarquía de sus prácticas. A fin de cuentas, este lenguaje amoroso revela relaciones de poder, bien visto por Georges Duby (1982).

Los códigos ordenadores y las reflexiones sobre ese orden, dejan a cuerpo fuera del orden, fragmentado, sin modo de ser propio, sin unidad posible: órganos del sujeto que se privilegian, y terminan por transformarlo en objeto. El cuerpo aparece como un sistema de partes en movimiento o estático, cada juntúra e intersticio es capaz de despertar emociones diversas, históricamente determinadas: la muñeca, el hombro, el cuello, la nuca, los tobillos, las rodillas. La mirada está ya codificada, en una tabla de invariantes y variantes siempre las mismas; gramática y semántica aceptadas, organizadas en torno a un modelo dual único: bueno/malo, púdico/impúdico, virtud/pecado, sirva como ejemplo la Venus púdica del Renacimiento en la iconografía, inmortalizada en "La Fornarina" de Rafael. Palabra e imagen se corresponden. Este discurso regular, discontinuo, cobra especificidad en particular en aquellos momentos históricos en que las condiciones sociales 'violentan' los códigos de comportamiento amorosos de los dos actantes: la mujer y el hombre. Las dos prácticas discontinuas del discurso amoroso, dos registros, relativamente autónomos, que focalizan el sujeto representado (la mujer) de manera distinta: la tradición del amor cortés en sus variantes y variables desde el Renacimiento, y la literatura de *lupanar*, pornografía pura y simple, de los registros escondidos. Y no olvidemos que buena parte de nuestros 'clásicos' (y no me refiero solo a los españoles) frecuentó ambos discursos. Sin ir muy lejos, y en la época que nos ocupa, la musa erótica de Meléndez Valdés y la de Espronceda a quien se le adjudica un poema por-

nográfico, peligrosa zona ya antes transitada por algunos ilustrados: Iriarte, Moratín (Zavala 1984).

No es fortuito que el Romanticismo descubriera el mundo cortés en su relectura del *folklore* (realmente tradición literaria oral) y de fuentes medievales: el 'exotismo' romántico es bien conocido. Tampoco es accidente el interés de los románticos (en toda Europa) por la lírica antigua, y que justamente durante el siglo XIX la canción de fin'amors se resemantice y se llame amor cortés, dato que nos proporciona Zumthor (1972). El sujeto representado (la mujer) y el sujeto representador (el hombre) son ya superficie bien pulimentada; naturalmente que las relaciones contextuales convierten la vieja tradición en algo diverso, al asimilarla con distinta 'entonación', como corresponde dentro del amplio diálogo de 'voces' con el pasado. Me apoyo en lo obvio: que durante el Romanticismo se re-codifica el amor cortés, la lírica cortesana. No solo desde el punto de vista restringido de los géneros literarios, sino como una *representación* (desde el punto de vista epistemológico) de las relaciones sexuales. ¿No será posible que justamente contra esta tradición de fragmentar los cuerpos se levante en polémica el *Frankenstein* de Mary Woolstoncraft Shelly? Cabe suponerlo, si recordamos: 1) que su 'monstruo' es respuesta a los cuentos góticos que escribían Shelly y otro amigo; 2) que lo subtitula 'nuevo Prometeo'; 3) que este representa fragmentos hecho unidad, totalidad: alma, cuerpo, y 4) que pierde ambos al entrar en la sociedad, al mundo de poder de los 'hombres'. No es el momento de desarrollar esta lectura, que dejo para otra ocasión. Pero es preciso tomar en cuenta los 'monstruos' que producen las escritoras (al menos inglesas) en la época victoriana. El empleo del 'horror' (tan kantiano) revela formas de transgredir el adecentado orden burgués, y se levanta contra la concepción de la mujer como 'heroína' estática, con virtudes creadas por la representación masculina. También Rosalía temía 'los lebreles de la jauría maldita'.

Un breve paréntesis: el didáctico siglo XVIII y su representación de las relaciones amorosoas en el teatro--mal llamado--de tesis feminista: Moratín padre, Iriarte y Fernández de Moratín, en especial. Parecería que a partir de la ilustración, la producción literaria se endereza a crear 'textos de comportamiento', para aleccionar sobre las formas de proceder en la vida cotidiana (Zavala 1986, en prensa). El aprendizaje del nuevo código de comportamiento 'correcto', 'burgués', es ante todo urbano. El modelo de arquitecturar el comporta-

miento mundano--que tanto vigor cobra durante el Romanticismo--sería, más o menos, el siguiente: un uso más prudente de la libertad social. En particular, en la mujer se distingue entre la 'cortés' y la 'descortés', prudente la una, excesiva la otra, realidad y mascarada. No parecería haber lugar a dudas que la determinante aparición de la mujer en la vida pública (hasta a académica llegó alguna), preocupa a los reformadores que aspiran a darle sanas y juiciosas reglas de conducta. Las malcriadas son 'marciales' y se dejan arrastrar por el natural fogoso y ponen demasiada pasión en lo externo: Isidora Rufete, la de Bringas son sus herederas directas. El asunto es prescribir sobre la libertad: *no entenderla mal.* Lo contrario corresponde a los desaciertos y desconciertos de la 'marcialidad'. Y no debemos equivocar el vocablo: 'marcial' significa hablar con desenfado, tratar a todos con libertad, ser descarada, voluntariosa, presumida, aquella que transgrede las fórmulas de cortesía y de trato social entre los sexos y, por tanto, actúa de acuerdo a una libertad mal entendida. Aquella que ocupa sus horas en lecturas mundanas (las revistas, las novelas), fiestas y paseos; sobre todo las actividades sociales propias de la sociedad citadina/ urbana, de mascaradas y despliegue de interiores.

Nada, *la mujer en casa* amarrada a la pata de la cama (como solía decir mi decimonónica abuela del Caribe). El resto: coqueteo, devaneo y promiscuidad, el 'aire de taco' de las 'aguerridas', de las 'amazonas', como se decía entonces. Mejor el preciado comportamiento del siglo XVI (volvemos al amor cortés), cuando las mujeres transitaban 'sin ojos y sin pies'. Así pues, ya en las primicias del Romanticismo, en la sociedad no desarrollada aún en su fase pre-industrial, las oposiciones binarias sobre el comportamiento de la mujer tienen la tarea de distinguir entre civilidad/incivilidad, fidelidad/ adulterio, honor/deshonor, moderno/bárbaro. En definitiva la oposición virgen/putana, que desde el *dolce stil nuovo* adquiere colores y matices de tez: morena/ rubia. ¿Y no es esta tradición, este comportamiento femenino 'domesticado', 'amaestrado', o mejor 'civilizado' el que recupera Bécquer? En la lírica medieval, cuando el sujeto representado y el sujeto representador son el mismo, hasta se cambia de tez, "morenica so". La focalización masculina con su óptica representadora--y naturalmente que hablamos de la historia literaria europea-binariza (y valga el neologismo) el sujeto, porque hace binarios los comportamientos. La comedia dieciochesca a la cual me he referido antes--Moratín padre, Iriarte y Fernández de Moratín--, revela la perplejidad de los intelec-

tuales ante el problema de los sexos y la identidad sexual: la cuestión femenina y la sexualidad sometida a la necesidad de grupo. El *Vir inter Viros* lleva consagrada su soberanía.

Pero no es todo. Ya en el siglo XIX el nudo del problema corresponde también a la tenencia de la tierra: el matrimonio, la familia. La represión sexual está ahora en el marco del capitalismo, entre barreras morales y discursos científicos se intenta encauzar el proceso de producción. Engels dejó un estudio clásico, que se ha corroborado y matizado en los últimos cincuenta años. Los textos--en particular la novela decimonónica--nos permiten constatar 'el control de la señora', nuevo 'taming of the shrew', a través de ideales educativos encaminados a una orientación médico sexual que asegurase la fertilidad, la higiene y la buena salud. Las traducciones de discursos médicos, las revistas, los semanarios y los impresos (tarea de deconstrucción del feminismo en los últimos quince o veinte años), no dejan lugar a dudas. En lo que a España se refiere, contamos con un fondo bibliográfico notable, gracias a Maricarmen Simón Palmer. Algún libro viejo nos levanta a menudo las cortinas de la transgresión, como aquella traducción de Jean-Louis Doussin-Dubrenil en 1831 sobre los *Extravíos secretos o El onanismo en las personas del bello sexo* (Madrid, 1831). Ay, ay niñas, a leer los sanos *Principios de urbanidad y decoro propios del bello sexo*, puestos en verso castellano--para facilitar la memoria mnemotécnica--por José Codina (1846). Entre verso y verso, este profesor de instrucción pública aconseja no leer novelas porque "Toda novela amorosa / a una niña es peligrosa". Sin duda, bien lo supieron Emma Bovary, Isidora Rufete y hasta Ana de Ozores. Por cierto, y solo a manera de curiosidad bibliográfica, también Tissot publicó un tratado sobre la masturbación (1758) que se tradujo a varias lenguas del original latín. El narrador parece hablar por propia experiencia, o al menos 'crear' ejemplos individuales, ficciones. En todo caso se vale de una estrategia textual muy frecuente: el empleo del latín, que las traducciones respetan en lo que se refiere a las autoridades (desde Galeno a Hipócrates, Horacio y Plutarco). Estrategia textual que, por cierto, nos indica muy claramente quienes podrían ser sus lectores; de más está decir que el libro va dirigido a los lectores cultos, la influencia directa (el lector concreto) son los párrocos, maestros de escuela, en fin, todos aquellos que podían ejercer el rigorismo moral. Por iguales motivos, los textos sobre los contraceptivos, el aborto, etc., son médicos, de la jurisprudencia o eclesiásticos. Sabido

es también que Rousseau, en su *Emilio* asocia el onanismo con la introspección, la imaginación y la fantasía (Jordanova 1987); el famoso *Eusebio* de Pedro de Montengón, tan rusoniano, no se atreve a tanto.

Dije códigos y hablé de los sujetos semióticos en su focalización: la representación de la mujer corresponde, pues, en particular desde el ocaso del siglo XVIII--en novela, poesía, drama y ensayo--a presentar los 'engaños de las mujeres' y el 'desengaño de los hombres'. En realidad cito el título de la novela, mal conocida, de Miguel de Montreal o Monreal, publicada originariamente en 1698, reeditada en 1719. Estaba destinada a servir de escarmiento a los jóvenes audaces: era un "acero esgrimido para matar a Cupido". Los textos didácticos se multiplican en la era de Guttenberg, esa era del progreso que señala el umbral de nuestra modernidad.

Pero, operamos ahora una pequeña *dislocación* o inversión en este orden, y libremos la cultura de las rejas lingüísticas y sus prácticas. Es decir: rompamos el orden de la *representación* de las mujeres y las costumbres. Miremos, como Alice "from the other side of the mirror", la cultura o los hábitos de pensamiento románticos-decimonónicos, en sus desfases, sus oposiciones. Centrémonos 'from that side of the mirror' en la posición y el papel del sujeto representado, nunca parlante, pues es una emisora muda, y saquémoslo a la luz. Propongo una manera algo distinta de localizar la transgresión a través de la circulación y recepción del discurso del poder en la sociedad: el médico, el político y el eclesiástico. En los tres discursos mencionados --hablan instituciones civiles y religiosas--se percibe todo el juego de cambios económicos, políticos, sociales y su impacto en 'la cuestión femenina'. Los datos son abrumadores. Para comenzar, la explosión demográfica desde finales del siglo XVIII, el ciclo demográfico moderno, aún con las catástrofes entre 1808 y 1812. Según Jordi Nadal (1971) entre 1800 y 1850 la población aumenta con rapidez, y a partir de entonces hay un descenso en fecundidad, en parte debido a la creciente conservación de los hijos. En todo caso, cifras aproximadas revelan que en el censo de 1860, la población total era 7.907.973 mujeres, y 6.802.846 (o sea el 90%) analfabetas, con 715.906 que supieran leer y escribir y 389.221 solo leer (López Cordón 1984). De ellas, no todas monjas o clases pasivas, buen número de mujeres formaba parte del desarrollo industrial, que aumenta el porcentaje de obreras en telares, tabacaleras y otros oficios. Además con el desarrollo económico crece el servicio doméstico, las peluqueras, las cos-

tureras; es decir, la conocida 'chacha' que se pasea por los jardines públicos que Larra describe.

Los datos no mienten, de acuerdo a estadísticas proporcionadas por los periódicos, en 1852 había en Madrid 234.504 habitantes, y se calculan unos 56.000 criados, sin descontar los sastres, zapateros, barberos, modistas (600), plateros (300), alquiladores de carruajes y dueños de café. Por otra parte, no debemos olvidar otro oficio: el de la prostitución que va en aumento debido al crecimiento de las ciudades y las crisis económicas. A partir de 1840 abundan los testimonios sobre la prostitución, así como el de 'sucesos' extraños: la proliferación de cafés, salones, salas de baile, modistos. Hacia la década de 1850 se percibe con nitidez esta nueva sociedad y nueva forma de comportamiento. Un periodista se alarma que las 'señoritas' llevasen bastón (última moda de 1864). El mercado matrimonial sin duda aumenta, y son constantes las referencias a la desenvoltura de los jóvenes de ambos sexos. Esta dualidad de ocultar y mostrar las partes del cuerpo, nos invita a relacionar la moda con las normas y patrones del matrimonio. La moda se articula dentro del discurso de la seducción y la demostración pública; nos obliga a tomar muy en cuenta las normas locales sobre los límites entre la decencia y lo considerado impúdico o impropio. La moda, dentro de la semiótica de la cultura, está estrechamente vinculada a la sexualidad reprimida o liberada, a la reproducción, y por tanto, al matrimonio y a la demografía. Otro tanto debe decirse de los 'salones', lugar de intercambio, de ensayos de nuevas formas de vida, intento tal vez inconsciente--como sugiere la escritora alemana Christa Wolf (1983)--"de introducir elementos femeninos en una cultura estructurada sobre el patriarcado". Falta un estudio a fondo sobre estos aspectos de la represión y la transgresión, emprendidos ya para otras sociedades; y de aquellos 'salones' que permitían lo que se viene llamando amistades románticas ('romantic friendships').

Los datos son abrumadores. También en Hispanoamérica ocurre una explosión demográfica desde finales del siglo XVIII, el ciclo demográfico moderno; si nos limitamos a los últimos cincuenta años del siglo XIX y los primeros del XX, encontraremos que en México la población aumenta de 7.662.000 en 1850 a 13.607.259 en 1900, y en la Argentina de 1.100.000 a 4.794.490. Según los demógrafos cada 50 años representa casi un aumento del potencial humano con mayorías mestizas en México, Venezuela, Colombia; pero, al mismo tiempo, una burguesía en desarrollo. Me limito a México, por conocerlo algo

mejor. Ya desde la década de 1830 existen periódicos dedicados a las familias (como en la Península). Alguno se titulaba *El calendario de las señoritas mexicanas* (1838), luego *El recreo de las familias* (1838). Cabe suponer que existieran a su vez en otras zonas (las Antillas, Argentina quizá). *El Renacimiento*, de 1869, incluye folletines, poemas, artículos, crónicas. Allí publicó Manuel Acuña el poema "La Ramera", y, a su vez, Laureana Wright, la sufragista mexicana que hacia 1887 dirigía su propia revista, *Violetas del Anahuac*. En las crónicas de estas revistas se anunciaban elegancias, mercancías, baños, fiestas, maestros de idiomas, tertulias, banquetes. Sabemos que el atrio de la Catedral, en Plateros y San Francisco, se conocía como "el foco de la belleza, del lujo y del buen gusto". Allí los 'dandys' "se deleitan los ojos". En *El Renacimiento* los folletines eran *El ángel del porvenir*, de Justo Sierra, *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano. Por esta revista sabemos además que abundaban los teatros, los cafés, las vendedoras de violetas, los fondistas, los cantineros, cantantes, zarzuelistas. Por otra parte, no podemos olvidar otro oficio, el de la prostitución que va en aumento a partir del crecimiento de las ciudades y las crisis. Así pues, como en la Península, se percibe con nitidez esta nueva sociedad y nueva forma de comportamiento. Hay también referencias en México a la desenvoltura de los jóvenes de ambos sexos.

Retomemos el hilo peninsular. Cierto furor causó hacia 1848 (año de las barricadas madrileñas), un percance en la Iglesia de Portacoeli de la capital española durante la misa del mediodía. La prensa recoge un 'suceso' a raíz del pellizco 'decente' (y cito) que una austera (o celosa) mamá le dio a su hija, señorita de buen tono, para distraerla de la seducción del mismo 'pollo' que las había cortejado antes. Pequeño detalle que apunta cierta desenvoltura en generaciones distintas. Ese mismo año, la prensa da cuenta del robo cometido por un escritor (no da el nombre), que sacó del hogar paterno a una joven conocida en 'los altos círculos'. Los 'sucesos' o chismografía sobre la gente 'bien' abundan. Sin duda esta forma de ruptura con los arquetipos sexuales aumenta el rigorismo moral (hecho de sobra conocido), encaminado ahora a influir en el comportamiento de estas mujeres a través de una influencia *indirecta*, pues los libros de literatura y moral estaban sobre todo dirigidos a las mujeres en cuanto *auditoras*: la iglesia, la confesión. No era necesario saber leer para conocer las sanas doctrinas. Como en el Renacimiento hasta el feligrés más inculto conocía al dedillo a Erasmo. En cambio, y como contraste, pocas leerían a

Choderlos de Laclos y su programa educativo acelerado: para cultivar la mente sabido es que recomendaba leer con detenimiento *Clarissa*, la novela de la voluntad femenina. Y dije que no lo leerían (como a otros) pues estaba prohibido *in totum*, entre las obras filosóficas y de ficción que deconstruían la pasión amorosa. El lector privilegiado de la censura intervino y creó lo que he llamado una *suspensión de respuesta* (Zavala 1987).

Todo este mundo social--que limito al máximo--nos permite hacernos tres preguntas sustanciales. Otra vez adapto el modelo propuesto por Foucault (1978):

1. los límites y las formas de lo 'decible' o lo que se puede decir, lo que se puede hablar y en qué medida esta imposición afecta el discurso e influye en la formulación literaria: el sujeto representado, sus comportamientos, su discurso.

2. los límites y las formas de *conservación* del discurso, las formas de llevarlos a la memoria colectiva y circularlos, en oposición a los reprimidos y censurados.

3. los límites de la apropiación: los individuos y grupos y clase que utilizan con distintos fines cada discurso y ver a quien se dirigen y cómo se recibe.

Sobre este fondo--que se podría ampliar--propongo replantearnos los discursos históricos en la dimensión de su exterioridad, su eficacia y su densidad. Así operaremos una 'inversión': si el discurso que predomina sobre la pasión amorosa, o la sexualidad es represivo --de negaciones e imposiciones--la literatura emerge como una especie de propaganda *subliminal* sobre el comportamiento femenino, lo que a su vez nos indica que el sujeto representado no era exactamente del color que lo pintaban. Es decir, el 'deseo femenino', o dicho de otro modo, 'la libido femenina'--no en el sentido psicoanalítico de Lacan para quien, dentro de la condición humana general, las mujeres se caracterizan por la carencia, que pertenece al orden de lo imaginario--se representa a través de dos formas discursivas: 1) en cuanto sujeto representado literariamente (y por literatura voy a entender todo discurso escrito), se lo escrudiña y se estimula y define cuál debiera ser el contenido de su deseo, prometiendo una perfección futura: en la mitologización social se 'representa' la mujer ideal, la esposa ideal, los hijos ideales, el marido ideal y 2) naturalmente, para alcanzar este ideal será necesario evitar la tentación y no caer en pecado. El discurso opera así por una red de negaciones y afirmaciones, o en una causali-

dad--no/y--que premia la insatisfacción y niega el placer, más bien lo encauza. Es decir, se monologiza el deseo, no me limito al sexual, pues hoy por hoy la sociedad de consumo ha hecho más evidente el control del cuerpo y otros placeres, la comida, por ejemplo: diet cola, light beer, low calorie food, sacarina.

Dentro de un amplio campo de oposiciones entre la norma y su transgresión, me limito a dos ejemplos: la oposición entre *bello sexo* y la *socialista* en el siglo XIX. "Socialista" bautizó Gabriel García Tassara en 1844 el nuevo tipo de mujer que se había introducido en España. En *Los españoles pintados por sí mismos* escribe: "esta mujer es filosófica más bien que política". Sería sin duda furierista, pues por lo que sabemos en Cádiz hubo por entonces un círculo importante de *feministas*, que, desde luego, alimentaba su ocio con lecturas de Fourier, en lugar de devocionarios y libros de rezo; y la economía--además de doméstica--sería sin duda social, dentro de las ciencias humanas. Otra vez, al pasar, conviene recordar que la recepción de Fourier en España se dejó en el tintero todos los aspectos de transgresión sexual de 'la armonía de clases' y la 'teoría de los cuatro movimientos', que en Francia se solía atacar por medio de caricaturas pornográficas de amores lésbicos, vocablo resemantizado por Baudelaire en sus *Flores del mal* para significar la acepción moderna, y no "habitante de la isla griega". Fourier, que tantos adeptos tuvo en España, representa una importante variación entre los primeros socialistas, pues plantea la transferencia de trabajo en placer. Su noción de *travail attrayant* se deriva de la liberación de las fuerzas libidinales. La *attraction industrielle* hace placentera la cooperación. Sin duda que este signo de liberar las fuerzas libidinales se consideró 'demasía'; todavía subsisten hoy algunos rastros de esta recepción. En cambio, el "bello sexo" representa la *foemina impotens*, que ataca las normas y convenciones 'ideales': la virgen núbil, luego austera madre de familia.

Estas prácticas de representación subliminal refuerzan la posición de los sexos; son reproductoras del *deseo* bien encauzado--la carencia. Carencia que significa un acatamiento de los discursos, diversos y múltiples que regulan el nivel subjetivo del sujeto representado en su comportamiento y moral sexual. El ejemplo más notable de la literatura subliminal que preocupa a algunos padres de familia es el folletín (con sus cuentos rosa), donde "las vírgenes aprenden literatura y su moral, de ellas que serán las esposas a quien confiemos la honra de

nuestro nombre", como lamentaba un periodista en *El amigo del pueblo* en 1854. Por tanto, dulzura, sufrimiento, esperar y no desesperar. He ahí la imagen ideal de la heroína decimonónica que se implanta en lo imaginario social.

Fernando Corradi dictó un cursillo dominical en la Universidad de Madrid--hoy Complutense--sobre la influencia del cristianismo sobre la mujer, la familia y la sociedad. "La mujer es compañera del hombre desde el Evangelio", fue su dictamen, en tono más matizado que el de Flora Tristan en su famoso *Union ouvrière* (1843), que no me consta si circuló en España. La reacticación de Juan Luis Vives se concentra en esos libros de moral traducidos y autóctonos; la mujer es el ángel que embellece el hogar doméstico, a juzgar por el modelo de la novelista Pilar Sinués de Marco, *El ángel del hogar* (1859). José María Quadrado no le va a la zaga en las cualidades que propone para la mujer ideal en el *Semanario pintoresco* (1850). Como paréntesis, conviene recordar la transgresión modernísima que significa "Snapshots of a daughter-in-law" de Adrienne Rich contra este modelo angelical y domesticado.

Hemos aludido a 'representaciones'; en general, la mujer 'representada' carece de cuerpo visible. O bien es una protuberancia que detiene la mirada del lector en una estética corporal, y define un erotismo que desencadena una etnología. Baste señalar las novelas de Manuel Payno, en México: *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891), los textos de José Tomás de Cuéllar (1886), donde ciertamente se asimila a la mujer a los valores de cambio y las posteriores *La rumba*, de Angel de Campo y la famosa *Santa* (1903) del modernista Federico Gamboa, que en la década de 1920 Agustín Lara difundió en sus boleros o canciones amorosas sobre las perdidas en noches de ronda. Todos estos textos, como señala con lucidez Margo Glantz (1983), revelan la metáfora de la historicidad mexicana, la ritualidad de la vida. Todos revelan que las mujeres de la clase baja no pueden ostentar su cuerpo sin consecuencias: la utilización terrible del consumo. Contrástese con la famosísima *Amalia* (1851), del argentino José Mármol, la lacrimosa *María* (1867), del colombiano Jorge Isaacs, que carece de cuerpo visible y que solo captamos por la 'cultura de las lágrimas', y el folletín de Cirilo Villaverde, *Cecilia Valdés* (1839 y 1882), etnografía de la lucha de clases y de las diferencias étnicas en la isla de Cuba. Todavía impúber, Cecilia es voluptuosa, para ser perfecta solo faltaba que la cuarterona tuviese una expresión "menos maliciosa si no maligna". En definitiva es "la Venus de la raza híbrida etiopico-

caucásica", en específica taxonomía del narrador. Y en contraste otra vez, el erotismo que desencadena toda una etnología, en la *Doña Bárbara* (1929) del venezolano Rómulo Gallegos, sociograma de la conquista de la selva/del indio. Barbarita, "fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india", es iniciada--según el narrador--en la tenebrosa sabiduría de toda la caterva de brujos que cría la bárbara existencia de la indiada. Su "hirviente sensualidad" la conduce a "un tenebroso aborrecimiento del varón"; una vez y otra vez violada en la selva, se independiza totalmente, y lo que podría ser la emancipación, se 'representa' en voz del narrador como 'marimacho' y supersticiosa aborrecible. Civilización/barbarie; modernidad/destrucción de la indiada rebelde. He ahí el sociograma de la historia de Venezuela. Estos textos no son casos privilegiados. Buena parte de las mujeres son, como Cecilia, mulatas hermosas y desenvueltas, que gustan de las lisonjas y del erotismo que despiertan en los hombres. En definitiva, muchas de estas 'heroínas' decimonónicas--del discurso Romántico, Realista y Naturalista y Modernista--'representan' las fantasías masculinas en torno a la mujer. Cómo el hombre--adinerado, o profesional, o 'civilizado'--imagina a la mujer: gratificaciones libidinales, diríamos hoy.

Si se acepta el encuadre de mi lectura, estos textos pertenecen a la *cultura pornográfica*: discursos aparentemente púdicos y moralizantes, que el lector(a) lee con pasión transgresora, para 'levantar las faldas e intuir las partes púdicas'. El siglo XIX tiembla en lubricidad que esconde bajo la terrible capa de la moral: citadina y no-citadina, por no decir agraria, puesto que la 'vorágine' selvática no es precisamente el agro europeo 'domesticado'. Todos estos textos inscriben el icono femenino como objeto, o de valor de cambio o metáfora de la 'modernidad' creciente. Son metáforas de la historicidad americana.

Pensemos ahora en el espejo inverso: la mujer como creadora de signos, la mujer 'que representa'. Y en dislocación, reescribamos los mismos discursos, y dejemos que la producción textual sea femenina y que inscriba las Cecilia Valdés, las Santas, las Rumberas, las Marías, las Amalias. ¿Sería el discurso así de corporal? ¿serían los personajes femeninos protuberancias que detienen la mirada del lector? No lo parece, como botón de muestra, Sor Juana en el siglo XVII nos revela otros discursos y sin duda Gertrudis Gómez de Avellaneda en el siglo XIX. A partir de la abundante producción textual femenina, el discurso se matiza, si bien, naturalmente, hay textos que apoyan el

discurso de poder de los lenguajes de la autoridad: aquellas que se quedan cómodamente instaladas como 'el ángel del hogar'. Este ángel inquieta, durante los inicios de la modernidad o cuanto menos, ya se sentían los estremecimientos de su despertar y surgieron preguntas en torno a sus funciones cívicas: si las mujeres eran capaces de heroísmo o de virtudes militares. Conviene recordar que estas preguntas no son innocuas, responden más bien a la creciente politización de las jornaleras, y es sabido que de manera definitiva durante la I Internacional el papel fundamental de las mujeres no deja lugar a dudas. En todo caso, ha quedado plenamente demostrado su actividad en la revolución francesa, desde que Michelet escribió en 1854 *Les femmes de la révolution*, y en lo que a España se refiere, durante la abortada Revolución de San Blas de Picornell (1797), Moratín dijo con cierta desfachatez que 'hasta las putas madrileñas' hablaban sobre la Revolución francesa (textual).

Mi propuesta de inversión consiste en replantearse el circuito comunicativo--emisor, mensaje, receptor--y la serie y la periodización literarias. Tomando estos factores en cuenta, no podemos menos que suponer que el sujeto representado--la mujer--distaba mucho en la realidad de acoplarse fielmente a la mirada masculina, y que la cantidad de discursos subliminales, con el objeto de controlar la libido, permiten adivinar múltiples infracciones. Infracciones, por otra parte --y hé aquí la paradoja--suscitadas por el objetivo de la naciente y creciente sociedad de consumo que caracteriza la modernidad: anuncios, la literatura por entregas, el teatro, los novelones románticos, las revistas de moda, la prensa. En su conjunto estos discursos apelan al consumo como forma de seducción--ropa, perfumes, peluqueros, aceites. Es decir, la compleja industria de los cosméticos, peluqueros y modistos que inculcan en la mujer--el sujeto representado mismo--un ideal de belleza, que ya en nuestro moderno siglo XX (más bien postmoderno, por seguir la moda) se representa con un tipo físico particular: alta y delgada (como el tu madre salada de la canción popular), o los cuerpos andróginos o de adolescente que hoy por hoy anuncian Jane Fonda, Raquel Welch, entre tantas, mediante videos, cassettes y aerobics. Es decir, toda la construcción muy moderna, muy siglo XXI, que encauza el *deseo* y el placer. Son lo que Rosalind Coward (1984,1985) llama "public explorations of the private experiences".

Y no hemos hablado aún del cuerpo, de la semántica del cuerpo: lo que se debe y no se debe decir con los gestos. No mirar de costado, no

mirar frente a frente, no ponerse en boca de jarra, no mostrar los pies. Creo que como modelo semiótico la diferencia entre los gestos de Fortunata y Jacinta o doña Bárbara y Amalia revelan los límites impuestos, las economías y los excesos. Sin pasar por alto la languidez, la pasividad expresada mediante los ojos bajos, anublados de lágrimas, la mirada incierta del gran ideal femenino de la poesía lírica. En la literatura ha quedado inscrita esta oscura y pesada carga de intenciones, estas negaciones notoriamente más pesadas que las cosas dichas. No se trata solo de lo que permanece mudo--el "me gustas cuando callas" de Neruda--sino el discurso y la semántica del cuerpo constituido por la diferencia entre lo que debe decirse correctamente en una época según las reglas de la urbanidad dominante (recordemos el teatro moratiniano), y lo que efectivamente se dice. El campo discursivo es ley de esta gran diferencia.

No son visibles las formaciones enunciativas a las que me refiero, pero las reglas semánticas y operatorias de las formaciones discursivas monolíticas y monoestilísticas, permiten sacar de la sombra los fenómenos de enunciación transgresores. Estas relaciones permanecerían en la sombra si no fuera a partir de una 'inversión', que los datos históricos nos confirman mediante estadísticas. En particular, aquellas que revelan la creciente incorporación de la mujer en algunos sectores de la producción, su trabajo fuera del hogar, y su creciente capacitación profesional y formación cultural, que desemboca en una mayor participación política y ciudadana.

Quién sabe hasta qué punto, por un proceso lector particular--una deconstrucción femenina, un desciframiento nuevo--la literatura subliminal aludida no se interpretó de manera inversa. Es decir, que la representación negativa del sujeto desembocó en una contra-realidad. Sospecho que la mujer decimonónica procesó estos discursos subliminales de acuerdo a sus factores cognoscitivos, y de otros conocimientos, creencias, objetivos que aquellos del emisor del signo. De esta forma, ésta le asignó temas y competencias diferentes a los textos; las diferencias de percepción entre el emisor y la receptora conducen a un conflicto. En definitiva, a una transgresión. Los ejemplos abundan desde la conocida proclividad de Santa Teresa por la novela de caballerías. Aludo, pues, de manera muy directa, a la recepción de la lectora o de la auditora concretas.

En definitiva, y si mi propuesta es aceptable, en estos juegos de representación la mujer invierte, deconstruye sus lecturas dirigidas, y

adopta aquellos modelos libidinales que la ficción (en sus diversos géneros) le niega. Hé ahí, pues, la "modistilla romántica" de la novela realista, y el desamparo y desconcierto de los generadores de signos, tal Bécquer, cuya focalización 'idealizadora' (la *foemina impotens*), reduce el sujeto representado a un objeto mudo, a un rompecabezas semántico para su diccionario propio, en su propia formación discursiva. Nos encontramos así ante la representación de la mujer, un icono complejo, que debe ser analizado a la vez como una formación de enunciados de otros, que forman parte de ella, con los cuales polemiza o asimila, en el interior de un sistema: el nacimiento de la modernidad. En las diversas formaciones a que he aludido, los discursos nos revelan que el reduccionismo del cuerpo, los arquetipos sexuales de la focalización masculina, responden a la idea que la naturaleza de la mujer es invariable y no puede ser modificada por cambios en las instituciones sociales. Buena parte de la 'idealización' del sujeto femenino desde los albores del amor cortés y el Renacmiento, ha sido estrategia para privar al sujeto de libertad y decisión. No se puede hablar más claro desde la Edad Media; el amor se sitúa en el lado concreto de la vida. La mujer es un objeto despreciable, y el amor cortés es, en definitiva, 'política de linajes', modelos de comportamiento para la aristocracia aferrada a la tierra, que se apropia el derecho de mandar, de castigar, de explotar al pueblo campesino, bien visto por G. Duby.

Dentro de este conjunto 'crítico' de inversión, la exclusión, las limitaciones y la apropiación de los enunciados femeninos (el sujeto representado), permite suponer cómo se han modificado, y, al mismo tiempo, y pese a los sistemas de constricciones, cuáles han sido sus condiciones de aparición, de crecimiento, y de 'voz' polémica propia. Cómo la mujer ejerció, avanzado el siglo XIX, la práctica de la 'inversión' o deconstrucción de la cultura--es decir, de la sociedad--y comenzó a enfrentarse activamente contra el interior del control discursivo. Matizo: no la *mujer*, en bloque, sino cierto tipo de mujer(es), en su proceso de reagrupamiento y de unificación de su(s) discurso(s). No toda mujer había gozado de los privilegios de clase para ser Eugenia de Montijo, francmasona y liberal, ni la heroína de *Fuenteovejuna*, ni Mariana Pineda. No aludo a la excepción; me refiero, más bien, al impacto del liberalismo y del socialismo en sus variados discursos desde los albores del siglo XIX hasta la I Internacional y durante la Septembrina, frontera de aquello que la historia literaria periodiza como Romanticismo y Realismo *at large*.

En todo caso, una cosa al menos debe subrayarse: el análisis del sujeto representado y el sujeto representador, así entendido, nos ilumina la escasez impuesta a este grupo y su poder fundamental de afirmación. Los desplazamientos nos permiten valorar las transgresiones soterradas, o calladas, o silenciadas--más bien chito, chitón callado--a partir de las cuales ha fructificado la transgresión sexual (es decir, de los sexos), en las clases sociales y en el de las luchas. Estas transgresiones nos permiten reconocer las victorias, las derrotas, los descubrimientos de este sujeto *representado, fetichizado* hasta el presente, y sus resistencias e intensidades para convertirse en sujeto *representador* de sí misma, productora de signos. Esta necesidad de lucha por convertirse en sujeto fue contra corriente, contra el espíritu de la época, que imponía la utilidad, la reducción de las relaciones en valores de intercambio, y la reducción de la mujer a un 'animalillo domesticado', de pasiones refrenadas y espíritu de sumisión. Pero de la categoría de objeto, este sujeto renuncia, en algunos casos que son dignos de recuperar del olvido, a la convención de la dependencia, sin la certeza--a menudo o casi siempre--de haber alcanzado una nueva identidad. Este momento histórico--el siglo XIX, la modernidad, a ún en sus primicias--nos revela la decisión de las mujeres y su capacidad de convertirse en personas, en su plena alteridad e identidad. No sin riesgos, en la poesía surge este impulso como contradicción insoluble a veces; Gertrudis Gómez de Avellaneda, Rosalía, entre tantas, revelan la tensión de un malestar interno que hoy sabemos lo que es, y al que ahora le hemos dado nombre: *alienación*, la angustia de querer vivir plenamente, como sujeto, contra la disociación sistemática de la identidad. Como extremos, dentro de un mismo campo semiótico, sirvan como contraste la poesía amorosa de Bécquer y la de Rosalía. *La querelle de femmes* (como se llama en historia francesa las grandes polémicas entre Proudhon y las socialistas Juliette Adam y Jenny d'Hericourt), fue también contra el discurso y los modelos de la tradición.

REFERENCIAS

Coward, Rosalind. *Female Desire. Women's Sexuality Today*. London: Granada Publishing, 1984.

_____. "Female Desire and Sexual Identity." *Women. Feminist Identity and Society in the 1980's*. Ed. Myriam Díaz-Diocaretz and I.M. Zavala. Amsterdam: John Benjamins, 1985. 25-36.

Deleuze, Gilles, F. Guattari. *L'Anti-Oedipe--Capitalisme et schizophrénie*. Paris: Minuit, 1972.

Duby, Georges. *El caballero, la mujer y el cura. El matrimonio en la Francia feudal*. Madrid: Taurus, 1982.

Foucault, M. *L'archeologie du savoir*. Paris: Minuit, 1970.

_____. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI, 1978.

Glantz, Margo. *La lengua en la mano*. México: Premia Ed., 1983.

Griffin, Susan. *Pornography and Silence*. London: Virago, 1981.

Jordanova, Ludmilla. "The popularization of medicine: Tissot on Onanism." *Textual Practice* 1:1 (1987): 68-80.

López Cordón, Victoria. "La literatura religiosa y moral como conformadora de la mentalidad femenina (1760-1860)." *La mujer en la historia de España (siglos XVI-XX)*. Seminario de Estudio de la Mujer. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1984. 71-84.

Nadal, Jordi. *La población española*. Barcelona: Ariel, 1971.

Wolf, Christa. "Karoline von Günderrode, la sombra de un sueño." *En ningún lugar. En parte alguna*. Barcelona: Laia, 1983. 7-56.

Zavala, Iris M. "Viaje a la cara oculta del setecientos." *NRFH* (Núm. monográfico *Estudios del siglo XVIII*) XXXIII:1 (1984): 4-33.

_____. "Semiótica de la cultura: el teatro como texto de comportamiento." 1986, (en prensa).

_____. *Lecturas y lectores del discurso narrativo dieciochesco*. Amsterdam: Rodopi, 1987.

Zumthor, Paul. *Essai de poétique médiévale*. Paris: Seuil, 1972.